REPERTORIO AMERICANO

Editor: J. GARCIA-MONGE

Tomo III	San José de Costa Rica, Lunes 14 de Noviembre de 1921	Nº 11

De un interesante cuestionario

¿Panamericanismo o simplemente americanismo debe ser nuestra aspiración internacional en orden al concierto de las naciones de este hemisferio?

—Varias veces he expresado mis opiniones sobre americanismo, panamericanismo, etcétera, que pueden concretarse así:

Unirnos, fortalecernos y progresar, primero en el interior y como colombianos; luego en grupos afines, como pudieran ser la confederación centroamericana y antillana, la boliviana, el A B C, etcétera; en seguida y aportado capital y fuerza, músculo y cerebro, entrar de lleno en el panamericanismo; y, finalmente, procurando que Pan-América contribuya eficazmente al progreso de la humanidad. Todo ello por etapas ordenadas y sucesivas.

Es una elación que puede comenzar en la aldea y que debe terminar en el universo. Detenerse en cualquiera de esas etapas, circunscribirse a ella, es desconocer la grandeza del espíritu y negarse al cumplimiento de los deberes solidarios que tenemos con la humanidad.

¿Cuáles serían las bases que, a su juicio y para salvaguardiar los altos intereses de nuestra soberanía en relación con la cuestión de los petróleos, deberíamos sentar, y cómo mira usted este problema?

El problema del petróleo me parece que es el más grave que se ha presentado a Colombia desde el 12 de Octubre de 1492 hasta hoy. Decir que de su solución depende nuestra vida e independencia, es apenas comenzar a ponderar debidamente esa gravedad. El que lea, siquiera del modo más somero, la prensa mundial, puede darse cuenta de lo que significa la palabra petróleo para los gobiernos y para los pueblos.

En presencia de tan magno asunto, me limito a decir:

Debemos mantener una legislación petrolífera basada en la más estricta justicia, y sobre estos principios:

A) Reconocimiento de los derechos de la Nación, así respecto a baldíos como a la percepción de los impuestos.

B) Respeto a los derechos privados adquiridos, y amplias indemnizaciones a los propietarios, cuando fuere el caso.

C) Tender al control nacional de la industria petrolífera, en cuanto fuere posible y procurar en todo caso que la Nación conserve la suprema supervigilancia sobre ella y el completo uso de su soberanía.

D) «Open door for oil and for all»; esto es, la puerta abierta para el petróleo y para todas las naciones, manteniendo el derecho de reciprocidad, y la puerta cerrada para concesiones privilegiadas y exclusivas a naciones, entidades o individuos.

Debemos en fin, hacernos fuertes y mantenernos unidos para conservar la soberanía, con celosísimo escrúpulo ante los peligros del tentador hidrocarburo.

¿Cómo mira Ud. las reformas constitucionales que actualmente se discuten en las Cámaras, buscando la implantación del Parlamentarismo y las elecciones de Gobernadores y Alcaldes por las respectivas Asambleas y Concejos?

Tanto la Constitución Nacional como los Códigos y leyes, admiten y aun piden reformas, en especial las disposiciones que regulan el sistema monetario. En este sentido pueden ser muy fecundas las labores del Congreso de Banqueros, reunido actualmente en Bogotá.

Larga tarea sería la de señalar esas reformas, a que me he referido detalladamente en documentos oficiales y privados.

En un Mensaje recomendé especialmente el proyecto de ley del doctor José Vicente Concha, sobre elección de Gobernadores de ternas presentadas por las Asambleas. Algo semejante puede ensayarse con los Alcaldes, disponiendo su designación por los Gobernadores, de ternas presentadas por los Consejos Municipales. Así se llegará ordenadamente a la elección popular de unos y otros, que es un verdadero desiderátum.

Opino que el sistema parlamentario es una aspiración de los regímenes constitucionales modernos y que a él se llegará en las naciones civilizadas más o menos tarde; pero creo que es un sistema impropio y nocivo para países como el nuestro, con un 70 ó 75% de analfabetas, cuyos representantes legales ante las Cámaras suelen resentirse de los vicios de su origen. La reforma me parece prematura y exigiría una subversión total de la constitución vigente, subversión que no veo por qué haya de hacerse ahora.

La reforma que sí me parece de suma urgencia, es la que tienda a quitar a las Cámaras la facultad de derrochar el Tesoro Público. El sistema inglés daría excelentes resultados en Colombia

Por lo demás, lo que es urgentísimo e inaplazable, es el mejoramiento de nuestras costumbres cívicas, en especial las que atañen al respeto a la ley y a la pureza en el manejo de los caudales de la comunidad. Es viejo el aforismo de Horacio: ¿Quid lege sine móribus!—mas, como el amor, es siempre nuevo.

C. E. Restrepo.
Ex-Presidente de Colombia.

(*Colombia*. Medellín).

SUMARIO

Con León Tolstoi

POR OLGA METCHNIKOFF

En este viaje a Rusia conocimos a nuestro gran escritor León Tolstoi. Pasamos con él todo un día en su propiedad «Iasnaia Paliana» y ese día nos dejó una impresión para toda la vida.

Fué en la madrugada cuando descendimos en la primera estación ferroviaria a donde habían venido a buscarnos en coche. Había llovido en la noche y esa mañana todo estaba brillante de rocío. Estábamos excitados por la vista de la campiña rusa, de las frescas praderas, del bosque, de los campos, por todo este sencillo paisaje que tanto tiempo hacía que no veíamos y también estábamos emocionados por el próximo encuentro con Tolstoi.

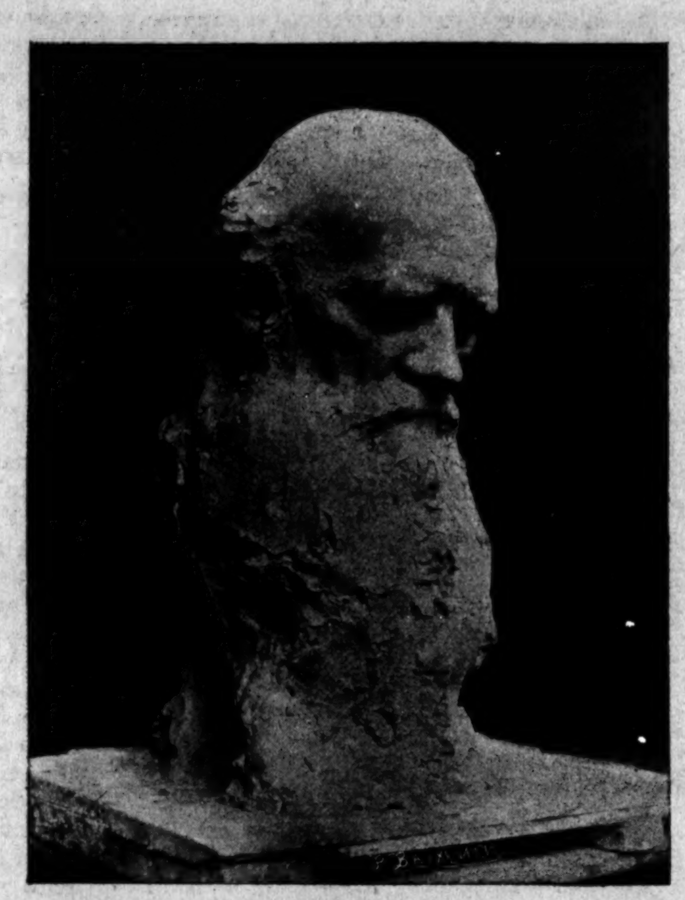
A lo lejos la aldea, y, apartada, la entrada abierta del viejo parque de Iasnaia Paliana. Penetramos en una larga avenida sombreada que conducía a la casa de Tolstoi. La primavera estaba en plena eclosión; todo era flores y perfumes.

La casa y el viejo parque tenían el encanto poético de los antiguos «nidos de nobleza» rusos.

En la escalinata nos recibió la hija de Tolstoi; su benévola simplicidad nos infundió confianza enseguida. Apenas llegados al vestíbulo, vimos al mismo León Tolstoi bajando la escalera con paso alerta. Lo reconocimos enseguida, aunque nos pareció diferente de todos sus retratos. Su mirada impresionaba desde luego; mirada profunda, penetrante y al mismo tiempo clara como la de un niño. No tenía nada de esa severidad y dureza a que se está acostumbrado a ver en sus retratos; sus rasgos eran mucho más finos e idealizados. Nos vió a los ojos como si quisiera ver el fondo de nuestras almas. Pero, inmediatamente entramos en confianza por la expresión de gran bondad y benevolencia marcada en su rostro. Tenía aspecto fuerte y dispuesto y no parecía estar viejo, de tal manera se le sentía lleno de vida interior. Después de la bienvenida, sus primeras palabras fueron: «Os parecéis; eso pasa cuando se ha vivido juntos mucho y bien». Nos interrogó luego sobre nuestro viaje y sobre la impresión que habíamos recibido de la Rusia después de tan larga ausencia; luego dijo que iba a concluir su tarea matinal.

Su hija y su hijo nos condujeron de paseo al parque y a la aldea; el cambio de palabras amistosas con los campesinos indicaba las buenas relaciones entre los habitantes de la aldea y los del castillo.

Desde que volvimos, León Tolstoi reapareció diciéndonos que se daba vacaciones por ese día. Preguntó a Metchnikoff sobre sus investigaciones, sobre el estado actual de la higiene, sobre las aplicaciones de los descubrimientos científicos. Escuchaba atentamente, visiblemente interesado. Al fin de la conversación afirmó que erróneamente se le consideraba como hostil a la ciencia; que él no acusaba sino a la pseudo-ciencia que no tiene nada que ver con el bienestar humano. «En suma, concluyó, Ud. y yo vamos por caminos diferentes hacia el mismo objeto».



LEON TOLSTOI.

Según el busto de ARONSON.

Todas sus conversaciones estaban impregnadas de un amor profundo por la humanidad y de un ardiente deseo de servirla. Se habló de literatura y de arte; Tolstoi decía que estaba ahora tan lejos de aquélla, que había hasta olvidado algunas de sus propias obras y que las apreciaba mucho menos que sus escritos sobre las cuestiones de orden espiritual. Le parecía que a veces la belleza de la forma actuaba a expensas del alcance moral del tema. A la objeción de que las artes elevan el espíritu, embellecen la vida, respondía que el arte tiene valor en tanto que sirva de lazo entre los hombres y los vuelva más puros; pero que su importancia moral sobrepasa en mucho su valor estético.

Contó que había concebido una nueva obra sobre el movimiento social en Rusia, y a este propósito se habló de las represalias políticas. La conversación sobre las deportaciones, las prisiones, las ejecuciones lo hacía visiblemente sufrir. Su mirada, que se había tornado triste y dolorosa, mostraba su alma vibrante.

Sobre la cuestión agraria, se pronunciaba por la nacionalización de las tierras y se mostraba muy entusiasta por Enrique George. Creía que la supresión de la comuna en Rusia había sido una gran equivocación. Metchnikoff le replicaba que observaciones personales en «Pequeña Rusia» hablaban, al contrario, en favor de la propiedad individual que daba mejores resultados de cultivo.

Tolstoi manifestaba una perfecta tolerancia y las conversaciones se desarrollaban apaciblemente sobre temas varios. En todo lo que decía se entreveía, sin cesar, la belleza y elevación de su alma.

Después de almorzar deseó tener una conversación seria con Metchnikoff, y lo llevó en coche; que conducía él mismo. De camino, volvió a la cuestión de la ciencia. Encontraba que la humanidad estaba de tal manera abrumada de miserias y había tantas cuestiones urgentes por resolver, que había, ante todo, que trabajar en este sentido y que no se tenía el derecho de ocuparse en especulaciones abstractas sin relación con la vida. «La noción del peso o de la dimensión del planeta Marte, qué beneficio puede traer al hombre?», decía.

Metchnikoff le replicó que la teoría está más próxima a la vida de lo que pareciera y que muchos beneficios adquiridos por la humanidad se deben a observaciones científicas de orden abstracto. Así, el descubrimiento de las grandes leyes inmutables de la naturaleza da al hombre la conciencia

de estar sometido a leyes lógicas y no a fuerzas arbitrarias, y esto es un beneficio. Los microbios fueron descubiertos cuando no se sospechaba su papel en la vida humana. Sin embargo, este descubrimiento sirvió más tarde al bienestar humano, pues permitió luchar contra las enfermedades.

A la vuelta Tolstoi cedió su lugar en el carruaje a su hijo, volviendo él a caballo, ejercicio que hacía casi diariamente, a pesar de la proximidad de sus 80 años. Montaba admirablemente, se mantenía derecho y parecía todavía más joven.

Después de este paseo, fué a reposarse un poco, mientras la condesa Tolstoi nos daba un inmenso placer leyéndonos dos de las obras todavía inéditas de su marido: el cuento encantador «Después del baile» y el trágico «El monje Sergio».

Hacia la noche un amigo de Tolstoi, músico de gran valer, tocó al piano música de Chopin. En el crepúsculo primaveral, esta música de encanto nos llenó de emoción. León Tolstoi, sentado en un sillón, escuchaba; era penetrado más y más por la belleza lírica de los sonidos; sus ojos se velaban de lágrimas; apoyó la frente sobre su mano y quedó así, inmóvil. Metchnikoff también, estaba profundamente emocionado. El efecto de la música sobre el alma de estos dos hombres y el júbilo que les producía era la mejor defensa en favor del arte puro.

«No sé que se pasa en mí cuando escucho música de Chopin, dijo Tolstoi algunos instantes después que los últimos sonidos se hubieron desvanecido; Chopin y Mozart me emocionan profundamente. ¡Qué lirismo y qué pureza!» A Metchnikoff gustaban sobre todo Mozart y Beethoven, pero Tolstoi encontraba a Beethoven «demasiado complicado». En cuanto a Wagner y la música moderna, los dos estaban de acuerdo: no la comprendían, la encontraban poco armoniosa y falta de simplicidad.

Junto a la mesa del té, la conversación se fijó sobre la vejez y Metchnikoff desarrolló su teoría sobre las desarmonías de la naturaleza humana.

Ilustraba sus afirmaciones con el ejemplo del Fausto de Goethe, que, en el arte era, según él, el mejor reflejo de la evolución de las fases de la vida humana. Para él la segunda parte de Fausto no es sino una alegoría de las desarmonías de la vejez. Es el cuadro sorprendente del choque dramático entre los sentimientos todavía ardientes y juveniles del viejo Goethe y su senilidad física. Tolstoi parecía interesarse por esta interpretación y dijo que volvería a leer la segunda parte de Fausto, pero que él mismo no daría el ejemplo de una desarmonía parecida.

A propósito de la teoría de Metchnikoff, según la cual el terror a la muerte proviene de que ésta es prematura, Tolstoi afirmaba que él no temía de ninguna manera morir y, agregó en broma, que trataría, sin embargo, de llegar a la edad de cien años, para dar gusto a Elías.

Nuestro tren no partía sino hasta tarde de la noche, y hasta el momento de partir la conversación no dejó de ser animada. En cada de una de sus palabras se sentía el alma elevada de Tolstoi, en la cual no había lugar sino para las preocupaciones de orden espiritual. Habría dado la impresión de planear sobre la tierra, si su corazón ardiente y compasivo no lo hiciese, sin cesar, retornar a las miserias y defectos de los mortales. Cerca de él se respiraba el aire puro y vivificante de las altas cimas y el lugar estaba como santificado por su presencia.

Esta entrevista había sido el encuentro de dos almas elevadas, de dos altas inteligencias, pero ¡cuán diferentes! Una, científica y racional, apoyándose siempre sobre hechos sólidos para tomar impulso y desplegar sus alas en las más altas esferas del pensamiento; la otra, artística y mística, elevándose por intuición a las mismas alturas espirituales; los dos, persiguiendo el mismo objeto de perfección y de felicidad humana, pero por vías tan diferentes!...

Al despedirse de nosotros, Tolstoi decía: «¡Adiós no, hasta la vista!» Cuando estábamos ya en coche, a punto de partir, apareció en una ventana iluminada como si fuera una aureola; nos saludaba amistosamente con la mano: «¡Hasta la vista, hasta la vista!» nos dijo su voz por última vez... La noche estaba tan tranquila y bella bajo la celeste bóveda estrellada y su grandeza se confundía en nuestra alma con la de León Tolstoi.

(Tomado del libro: *Vida de Elías Metchnikoff.*)

NICARAGUA

Por JOHN C. ALLEN

Tegucigalpa, Honduras, junio 3 de 1921.

Acabo de pasar dos meses en Nicaragua. Entré al país el 14 de marzo por el puerto de San Juan del Sur y salí el 14 de mayo por Corinto. Estuve en Rivas, Granada, Masaya, Masatepe, Jinotepe, Diriamba, San Marcos, Managua, Matagalpa, León y Chinandega. También visité muchas haciendas. Durante estos dos meses conversé con más de cuatrocientos de los hombres más prominentes del país: finqueros de café y cacao, ganaderos, comerciantes, fabricantes, abogados, médicos, pedagogos, periodistas, políticos, hombres de negocios y profesionales de todas clases. Encontré a Nicaragua en una condición tristísima y miserable. Historias de pérdidas financieras y de injusticias sin cuento. En Rivas como en Chinandega, la misma interminable narración de desventuras. Por todas partes el desaliento y casi la desesperación. Ni una sola palabra de optimismo... Todo el mundo pesimista y lúgubre. Es cierto que el mundo entero ha sido afectado por la crisis actual; pero en Nicaragua se sufre de una peste local mucho peor que la crisis mundial.

Las causas de esta situación son bien conocidas. Por el año de 1900 el Secretario de Estado de los Estados Unidos inició un plan para las relaciones extranjeras que se llamó «La Diplomacia del Dólar»: La idea era facilitar las cosas de tal manera que los banqueros de Wall Street, New York, pudiesen prestar grandes cantidades de dinero a las naciones pequeñas, con la protección de la Secretaría de Estado. Esta política tuvo indudablemente su origen en los propios banqueros, que eran por entonces muy influyentes en el Departamento de Estado, y para llevarlo a efecto en los países pequeños de la América Latina, contaron con el apoyo de un buen número de antipatriotas de aquellas mismas naciones. Esta política es fundamentalmente mala y si el pueblo norteamericano se hubiese dado cabal cuenta de su alcance, habría merecido una protesta unánime. Con el transcurso del tiempo el significado y alcance de ella ha llegado a la conciencia del pueblo y ahora las palabras «Diplomacia del Dólar» suenan muy desagradablemente a los oídos de la mayoría de los ciudadanos norteamericanos. Pero el caso de Nicaragua no ha sido comprendido todavía por mis paisanos.

El plan de la «Diplomacia del Dólar» fué sometido a la aprobación de varios países latinos, quienes con mejor acuerdo que Nicaragua, lo rechazaron. En 1909 ó 10 Nicaragua entró en este plan por medio de cinco de sus políticos. De estos cinco, tres han sido ya presidentes de Nicaragua, suscribiendo grandes empréstitos con los banqueros y dándoles concesiones perjudiciales para los verdaderos intereses del país, y según lo afirman nicaragüenses dignos de fe, estos presidentes han dado a veces a los banqueros más de lo que aquellos pidieron.

El 4 de marzo de 1913 el señor Wilson llegó a la Presidencia de los Estados Unidos y durante la primera semana de su administración lanzó bajo su firma una declaración contra la «Diplomacia del Dólar». Pero ya en Nicaragua había sido formalmente establecida y nuestros marinos habían desembarcado y establececido sus cuarteles en Managua. La situación era muy difícil. Por un lado era innegable que el Gobierno norteamericano había aceptado ser garante del préstamo de varios millones hecho por los banqueros al Gobierno de Nicaragua; por el otro resultó que cuando se propuso la retirada de los marinos, muchos nicaragüenses prominentes temieron que inmediatamente los políticos profesionales volverían a ensangrentar el país, con el consiguiente sufrimiento para las personas inocentes. Parece que el año de 1920 el Gobierno de los Estados Unidos trató de dar a Nicaragua una elección libre y aun mandó un comisionado para supervigilar los comicios, pero de nuevo se repitió la farsa y resultó electo un Presidente contra la voluntad, según se dice, del 80% de la gente educada. Desde el año 1909 tanto los presidentes de Nicaragua como los banqueros han estado usando en beneficio propio la presencia de los marinos y encontré que los banqueros controlan completamente las Aduanas, Banco Nacional, emisión y circulación de la moneda, las importaciones y exportaciones y especialmente dañino ha sido su monopolio de la producción, venta y precio del café. Un monopolio completo del mecanismo financiero, industrial y comercial del país, operando bajo nombres diversos, en condiciones que ha creado terrible sentimiento entre todas las clases sociales de nicaragüenses, que se reflejan directamente contra el buen nombre del pueblo norteamericano. Como miembro de éste, es mi deber hacer todo lo que pueda porque se remedie este mal.

A los nicaragüenses pensantes

Continuar discutiendo sobre de quién es la culpa sería pérdida de tiempo. Ambos la tenemos y seamos francos en admitirlo. El pasado no puede cambiarse: lo que ahora importa es el remedio. Yo como ciudadano norteamericano deseo que los marinos se retiren de su país lo más pronto posible. Durante los dos meses de permanencia en Nicaragua, me pareció encontrar la opinión unánime al respecto de que esto no es conveniente sin que proceda una elección completamente libre. De modo que los que deseamos que los marinos salgan, debemos trabajar por conseguir una elección libre o procurar algún otro arbitrio que traiga los deseados resultados. Debemos trabajar con cuidado y juicio y no dejarnos embrollar por los políticos ni sugestionar por los propios personales intereses. Acuérdense de que las dos casas bancarias que negocian en su país pertenecen a un grupo de financieros neoyorquinos, procedentes de varias nacionalidades. En sus actividades latino-americanas, han sido ayudados por latino-americanos. Acuérdense también de que el pueblo de mi patria considera a este grupo de individuos como la institución más peligrosa de los Estados Unidos y que aquel pueblo los ha combatido por años. Estos financieros o banqueros han tratado de hacer en los Estados Unidos lo mismo que han hecho en Nicaragua, pero la enérgica oposición del pueblo se los ha impedido. Desgraciadamente el pueblo norteamericano no sabe casi nada de las verdaderas condiciones del estado de su país. Por consiguiente yo les suplico que no confundan al pueblo norteamericano con este grupo de individuos.

Para conseguir este gran cambio en su país necesitan ustedes más que cualquiera otra cosa la amistad del pueblo norteamericano y de los ciudadanos norteamericanos que residen en su país. Varias veces sus políticos, al pronunciar discursos han excitado al odio del pueblo norteamericano en general y de los ciudadanos norteamericanos que viven en el país en particular. Durante mi permanencia en Nicaragua oí discursos y leí artículos a este respecto, denunciando al pueblo norteamericano y los banqueros. Nadie puede dudar del derecho que tienen para hablar mal de los banqueros, pero no comprendo los ataques al pueblo norteamericano, especialmente cuando tales ataques verbales o impresos se reflejan inmediatamente contra sus intereses. Los enemigos de Nicaragua, algunos de sus propios hijos, traducen esos discursos, editoriales y artículos y los hacen reproducir extensamente en los Estados Unidos, lo que contribuye a fomentar la idea en mi país de que todos los nicaragüenses son nuestros terribles enemigos. Estos artículos y discursos se leen en la Secretaría de Estado y por otros altos empleados del Gobierno y se llega a la conclusión de que no sólo se malquiere al pueblo norteamericano sino a su Gobierno. Varias veces he visto reproducciones de estos artículos en la prensa de mi país, lo que levanta el sentimiento en contra de Nicaragua y hace que en represalia se publiquen cosas desagradables para el país. Así que estamos en presencia de un espectáculo muy triste: dos pueblos, el nicaragüense y el norteamericano alimentando sentimientos de sospecha el uno en contra del otro, cuando sólo la más íntima amistad debería caber entre los dos. Este es el resultado de esa dañosa propaganda: ustedes pierden la amistad del pueblo norteamericano y los norteamericanos residentes en su país no pueden sentirse *at home*. Norteamericanos de capital y de recursos que podrían venir al país, no lo hacen porque han oído decir que los nicaragüenses son nuestros mortales enemigos. Es muy probable también que el Departamento de Estado vacile en traer algún cambio en su política por igual temor.

Mientras residí en su país, me relacioné con muchas personas de la clase educada y encontré que en el fondo no son enemigos de los Estados Unidos. Encontré, sin embargo, que están ustedes confundiendo al pueblo norteamericano con los banqueros, lo que hace sospechar al mundo exterior que ustedes son no solamente enemigos de los banqueros, sino también del pueblo norteamericano. Como ya lo dije atrás, tienen ustedes muy buenas razones para su malquerencia respecto a los banqueros, pero ninguna para alimentar esos sentimientos respecto a la nación norteamericana. Saben ustedes que estoy deseoso y listo a todo tiempo para ayudarles. Como ciudadano norteamericano no me interesa la política nicaragüense ni sus partidos. Mi interés está en que se les haga justicia a los nicaragüenses, que los marinos norteamericanos se retiren de su suelo, y que ambos pueblos vivan siempre como buenos amigos. Con estas ideas en la mente haré todo lo posible por presentar su caso al pueblo norteamericano por medio de la prensa y los demás conductos que estén a mi alcance y estoy seguro de que los escritores y oradores de Nicaragua cooperarán en esta obra de cordialidad y justicia, escogiendo aquellos temas que nos traigan mejores sentimientos entre

los dos países. La obra será lenta tal vez, pero si la acometemos con sinceridad y tesón, ganaremos al fin. El 10 de abril de este año escribí una carta al Presidente de los Estados Unidos explicándole la situación de su país, sus causas y efectos, tal como yo los comprendo y excitándolo para dar una elección libre. Después de haber salido de Nicaragua he escrito un largo artículo que se publicará en la prensa norteamericana en inglés, por medio del cual creo poder hacer llegar la verdad a muchos de mis compatriotas. Es de esperarse que muchos de nuestros marinos abandonen pronto el suelo de Nicaragua y que su buen pueblo viva sano y contento dentro de su territorio, bajo un gobierno de su libre elección.

(*Los Vecinos*. Los Angeles. Cal.)

NOTICIARIO

En la sección Día a día de *El Mercurio* de Santiago de Chile (30. IX.1921), dice el compañero Armando Donoso lo siguiente:

Una obra de Magallanes Moure.— En elegante y cuidada edición acaba de aparecer editado en San José de Costa Rica un volumen de los mejores poemas de Manuel Magallanes Moure, que prologa Pedro Prado en una hermosa página cordial.

Nunca pudo estar mejor representada la poesía lírica chilena en el exterior: Magallanes Moure representa cuanto se puede aspirar de más selecto y de más puro en la literatura de un país.

«Florilegio» permite repasar toda la obra lírica de Magallanes, desde sus primeros libros, hermosos poemas de juventud, hasta sus poemas de la hora última, de este su otoño renovado en flor de primavera.

Honrosa para nuestra literatura resulta en el exterior la edición de uno de nuestros mejores poetas que goza más allá de las fronteras de un justo y digno prestigio: el prestigio de una labor siempre selecta y siempre pura.

El editor de este libro ha sabido elegir, con laudable acierto, entre la producción chilena de la hora actual, lo más representativo y lo más duradero de nuestra literatura.

Magallanes Moure, más que un escritor chileno es un escritor americano. Su obra nos honra y honra a nuestra lengua.

•

Nuestro querido Magallanes Moure nos anuncia desde Chile:

«Hace dos días estuve con Gabriela Mistral y me dijo que hacía copiar el material que enviaría a Ud. para el *Convivio*. Le doy, pues, tan buena noticia».

•

Recorte:

San José, 4 de noviembre de 1921

Sr. Director del *Diario de Costa Rica*.

Pte.

Mi estimado señor:

Me parece bien que se destinen a la Escuela Maternal que han concebido Carmen Lira, Lilia González y Matilde de Carranza, los fondos con que se pensaba alzar una estatua a García Flamenco, cuya placa conmemorativa se colocaría en el sitio de honor de la citada Escuela.

Perpetuado de tal modo el recuerdo del maestro y testigo de días ignominiosos para la República, seguiría siéndolo de esperanzas en una vida nacional más decorosa, de tantas esperanzas como niños desvalidos concurran a la proyectada fundación social, tan interesante, tan necesaria y tan digna del apoyo de todos los amigos sinceros del país.

De su atto. y s. s.

J. García Monge

•

El poeta Chocano ha salido para Lima. Regresará a Costa Rica dentro de un mes. Antes de irse, dejó para el Repertorio el poema inédito de que gustarán los numerosos lectores de esta entrega.

•

El Coronel don José Mª Pinaud amablemente nos envía una obra suya: *Cómo nos roban*. Imp. María v. de Lines, 1921.

Es el comienzo de un libro interesante, mucho más que una modesta guía para ilustrar a los alguaciles de la República, como su autor quiere. Ese mundo de los malhechores, de que tan aparte vivimos, es pintoresco y original, nos gusta; quisiéramos conocerlo bien, y sacar de él tipos y escenas descritos con cierta piedad y arte. El señor Pinaud abre, pues, con su librito, el camino del estudio de ciertos problemas sociales y contribuye al acervo literario del país con páginas que pueden irse documentando más y más, hasta constituir un interesante archivo psicológico del delincuente costarricense.

•

De la representación de Centro América en el Congreso Internacional de Estudiantes reunido hace poco en la capital de México: Antonio Zelaya Castillo, de quien se dice lo siguiente en *El Universal Ilustrado* del jueves 6 de octubre de 1921:

«Zelaya Castillo ha representado al Liceo de Costa Rica en la primera Junta de Estudiantes de San José, y a los mismos ante la Unión Libertadora Venezolana y la Federación de Estudiantes Mexicanos. Su labor periodística se ha desarrollado en *El Liberal*, y como redactor de la revista *La Semana*, *Revista de Caricaturas* y *Nosotros* en su país; prepara, después de su folleto *Pequeños Motivos*, otro sobre *El Doctor Atl y la Pintura Signica*. En el Liceo de Costa Rica acusó a un profesorado arbitrario, determinando una revolución en dicho plantel. Fué jefe del Comité de Protesta de los estudiantes preparatorianos, contra disposiciones atentatorias, del dictador Tinoco, a quien combatió, e integró el Comité Educacional de Estudiantes y de 1918 a 1919 fué correspondiente del Club de Historia del Liceo de Costa Rica.»

Nos hemos quedado sorprendidos y confundidos.

•

A propósito del Congreso antes citado, conózcase una de sus resoluciones, —muy buena—que también trascribimos del *Universal Ilustrado:*

Es de trascendencia la adoptada al estudiarse la segunda base de la convocatoria, pues define el método mejor para ejercer la función social del estudiante:

«I.—Que siendo la Escuela la base y la garantía del Programa de Acción Social ya aprobado, y considerando así mismo que la Escuela no es actualmente el laboratorio de la vida colectiva, sino el mayor de sus obstáculos, las Asociaciones de Estudiantes de cada país deberán constituirse en el censor técnico y activo de la marcha de las Escuelas, a fin de convertirlas en garantía del presente e institutos que preparen el advenimiento de la nueva humanidad. Al efecto, lucharán porque la enseñanza en general, y en especial la de las (ciencias Morales y Políticas), quede fundada sobre la coordinación armónica del pensar, el sentir y el querer como medios de explicación, y se rechace el método pedagógico que da preferencia al primero en detrimento de los otros.

II.—Que la extensión universitaria es una obligación de las Asociaciones Estudiantiles, puesto que la primera y fundamental acción que el estudiante debe desarrollar en la sociedad es difundir la cultura que de ella ha recibido entre quienes la han menester, y orientarán esa labor conforme a los principios enunciados en el párrafo anterior.

III.—Que debe robustecerse la solidaridad estudiantil como un medio para constituir una fuerza efectiva y permanente, que sostenga e impulse con el pensamiento y la acción, todo movimiento, constructivo o destructivo, orientado en los mismos ideales proclamados, y conforme al método que al efecto establezcan las federaciones o centros estudiantiles».

•

UN libro de Alejandro Sux, que nos llega de París y del que haremos una selección para una de las próximas páginas líricas del REPERTORIO: *Todos los pecados*. Ediciones Literarias. París.

•

UNA obra nueva de Cornelio Hispano: *Cornelio Hispano en el Valle del Cauca*, Bogotá. 1921. El Valle del Cauca es la tierra natal de Hispano. Contiene el libro un delicioso elogio de Buga y de los bugueños y uno de Cali. Todo parece salido de los labios de un Renán colombiano, que tal nos parece cada día más nuestro querido Cornelio.

Para la venta llegaron dos ejemplares, y pueden darse a ₡ 4 cada uno.

•

DE Mr. Isaac Joslin Cox hemos recibido estos dos folletos:

The mexican problem: sel-help or intervention. New York, 1921.

The colombian treaty-retrospect and prospect. April. 1921.

Ya hemos dicho que Mr. Cox, de la Norhwestern University, Evanston, Illinois, es un buen amigo de los pueblos ribereños del Caribe, por cuyos problemas sociales y políticos parece interesarse sinceramente.

•

EL Dr. Juan M. Dihigo, Profesor de Lingüística y de Filología de la Universidad de la Habana, amigo y colaborador muy estimado, nos remite un folleto: *Elogio del Doctor Juan Francisco de Albear*. Como el Doctor Dihigo, el Doctor Albear enseñó lingüística y filología en la citada Universidad. El elogio está hecho a la manera clásica; se lee con mucho gusto.

•

HEMOS ESCRITO: así se titulan las selecciones de escritores alajuelenses, hechas en tomo abultado y bien impreso por Alsina, con motivo del primer Centenario de nuestra Independencia. La iniciativa le corresponde al Instituto de Alajuela, que tan buenas las ha tenido. Su Director, don Luis Dobles Segreda, es uno de los tres que recogieron las espigas doradas. Colaboran 45 personas en el libro, lo que ya es mucho. Me parece que con tal obra han honrado y servido muy bien a la provincia de Alajuela y a la Patria.

•

EL Doctor Solón Núñez es uno de nuestros filántropos más apreciables. Vulgariza la higiene con sentimiento de projimidad. El Departamento de Ankylostomiasis a su cargo, es una de las instituciones útiles del país. Como salido de ahí y escrito por el Doctor Núñez, circula este folleto oportuno: *Fiebre tifoidea y paratifoidea*, cuyo envío le agradecemos de veras.

•

UN colega más y hasta de nuestra misma apariencia: ECO DE ALAJUELA, cuyo primero número llegó a nuestra mesa de estudio. Lema: *Moralidad y Justicia*, con lo que ya tiene para rato su Director, el señor Figuer del Valle. Repitamos la frase sacramental: larga vida para el colega, que tiene esto de nuevo, y es que la estamos sintiendo.

•

UN cuaderno que mucho nos place hojear, que nos hace recordar y esperar mucho: ARDUA, revista de la Escuela Normal de Costa Rica. Tenemos en la mano los números 3-4. En ellos habla la juventud que allí se educa, y todos sabemos cuanto se espera de bueno de esa mocedad normalista. Hace falta la historia de la Escuela. Vayan haciéndola, muchachos. Les daremos material para los años 1915, 1916 y 1917. La Escuela Normal ha sido muy calumniada e incomprendida y un modo de redimirse de las culpas que le achacan sus adversarios es ir haciendo su historia: hay buenos datos.

•

HABLAMOS ya de las ilustraciones de algunos cuentos de *La Mala Sombra* que el dibujante Ret. Sellawaj hizo para *Crisol*, de Buenos Aires. Pero no dijimos que el artista obsequió al autor de *La Mala Sombra* con los dibujos originales, que conservará con cariño. Tampoco dijimos que uno de los Directores de *Crisol* es Ernesto Morales, ventajosamente conocido acá por su participación en las *Ediciones Mínimas* y en *Hebe*, ambas publicaciones estimables. También se nos olvidó trascribir lo que dice el señor Morales de lo que por acá hacemos. Dice esto, que lo trascribimos no por vanidad, sino para ayudar a comprender:

Bien conocida es la figura de don Joaquín García Monge, no sólo en la literatura costarricense, sino también en la americana. Desde hace años, al frente de nobles empresas editoriales, lucha con denodado empeño a fin de llevar las sutilezas y bondades del gay decir de unas a otras repúblicas hispano-americanas. Ansía que estas repúblicas, hermanas por el racial tronco, pero alejadas en el vivir diario, se sientan unidas siempre y se amen. Para empresa tal, cuenta García Monge con el fuerte vehículo del idioma.

Mas no sólo es un divulgador de belleza; es su cultor también. Y en estas breves páginas, que son como pequeños poemas, puede verse cuánta es la ternura de su corazón hacia los humildes, y cuánto es el acopio de belleza que hay en su estilo diáfano y sencillo, aunque tras esa diafanidad y sencillez, puede entreverse la complejidad de su espíritu de hombre-artista.

•

DE los *Poemitas en prosa* de nuestro eximio colaborador y amigo, el Doctor Enrique J. Varona, volveremos a hablar.

EL PESCADOR DE PERLAS

(En los golfos de Nicoya, Panamá y California)

A JUSTO FACIO

I

Este hombre desnudo,
de carnes morenas,
es un bronce vivo,
que, en audaz carrera,
luce por las playas
la desenvoltura de su gracia atlética.

II

Ya sus pies imprimen
fugitivas huellas,
en carrera alada,
sobre crujidoras y húmedas arenas;
ya su alta figura,
de estatuarias formas y apostura enérgica,
se destaca encima
de musgosa peña,
como en plinto en torno del cual ajustasen
su nudo amorosos brazos de sirena;
ya desde los bordes
de un acantilado—contra el que se estrella
el cristal rizado de las ondas—brinca,
lleno de una elástica y fácil destreza,
y, después de un grave
tiempo en que las aguas lo sepultan y echan
a la superficie coronas de espuma
que giran concéntricas,
emerge y sacude, como un dios marino,
entre un remolino de algas, la cabeza;
ya empuja la suave
barca que se aburre sola en la ribera
y, al ponerla a flote,
salta dentro de ella,
empuña los largos remos y, de espaldas
al misterio, boga... bogando se aleja,...
cuando no arma el mástil,
los linos despliega
y, de pie en la popa, crúzase de brazos,
en actitud como si oyendo estuviera
una voz que le habla, desde el horizonte,
de las Aventuras y de las Leyendas...

III

Este hombre desnudo
de carnes morenas,
—que el Sol funde en bronce
y el mar pulimenta—
pudo ser un día gladiador en Roma,
discóbolo en Grecia
o arquero en Egipto,
y es ahora en Indias pescador de perlas.

IV

Ya delfín en agua,
ya antílope en tierra,
hecho está al encanto
de las nataciones y de las carreras.
Corre, brinca, nada,
húndese y bucea,
como si evocase
gimnasios y termas.
En sus actitudes predomina la ágil
levedad de toda la plástica helénica...

V

Tiene el dinamismo
que pone a sus ojos la Naturaleza:
siéntese impulsado
cual por interiores vientos y mareas;
y, así, corre, brinca, nada... pero luce
siempre cadenciosa su figura esbelta,
bajo la armonía
que en un haz gobierna
el capricho móvil de las actitudes,
porque las recoge como estampas sueltas...
Tiene el dinamismo
que pone a sus ojos la Naturaleza:
en sus inquietudes
copia la cadencia
con que ve agitarse
nubes, ondas, velas...

VI

Hombre de las playas
tropicales, ebrias
de Sol, que acumulan
cóleras de selva
contra el mar y róbanle
esteros ocultos en ávidas cuencas
de una delirante vegetación, como
sumidos en blandos estuches de felpa...

Hombre de las playas
tropicales, llenas
de chozas pajizas, cuyos fatigados
oros en la pompa verde amarillean,
bajo la lujuria de las palmas tristes,
que se desperezan
o con el hastío de su aristocracia
o con el orgullo de su displicencia...

Hombre de las playas
tropicales, sobre las que se restriegan,
acariciadoras, al soplar, las brisas
en que viaja el lúbrico olor de las selvas
o sobre las que urden, en las tibias noches,
las trágicas olas sus fosforescencias,
bajo un cielo adusto
y escalofriado todo de centellas...

Hombre de las playas
tropicales,—mezcla
de oleaje y árbol,—
armoniza el ímpetu y la gentileza.

VII

Todo en él pregona salud y en él hace
vibrante derroche de gracia y de fuerza:
la euritmia que pónele
a los ademanes sugestivas riendas;
la musculatura que rebulle bajo
de la piel morena;
el tórax henchido;
las sienes enhiestas;
la boca en que una
sonrisa perpetua,
como substraídos a una concha, iguales
los dientes enseña,
con el gesto ufano
de los regocijos y las inocencias;
los ojos que ríen
y cantan y sueñan,
locos de visiones alegres y claras,
en que el mar es una lente azul que deja
ver en lo profundo
grutas de corales, bosques de madréporas...

VIII

Es un alma simple,
primitiva, ingenua:
suyos son la anchura
del mar, la franqueza
de los horizontes abiertos, los sanos
y bruscos alardes de un viento que juega
—ya rizando espumas,

ya ahuecando linos, ya pulsando cuerdas—;
y los ritmos amplios que hay en el discurso
de los oleajes y de las mareas.

IX

En las teogonías
tropicales, fuera
como un dios este hombre,
que la sal no en vano y el yodo olfatea,
desde los peñascos en que desdeñosas
su cristalería las olas revientan...

¿Será un dios anfibio
de alguna de tantas religiones muertas?

X

Tal, a veces, cuando
de las aguas surge y encima se sienta
de un peñasco, donde, con són fatigoso
de fuelle, suspira... resopla... jadea,...
pensar suele que una repentina ola
le estalla en las venas,
y, desvaneciéndose en sudores fríos,
un vapor de espumas sube a su cabeza:
entorna los ojos;
palidece; tiembla;
y este hombre, en el mismo vértigo que sufre,
como ve que empiezan
a girar en una danza pavorosa,
cielo, mar y tierra,
quizás se imagina ser en tal instante
el centro de toda la Naturaleza...

XI

¿Será un dios anfibio
de alguna de tantas religiones muertas?

¿Será el dios del Golfo, donde el mar simula
meditación de alguien que se reconcentra
en el misticismo
de una vida intensa?

XII

Este hombre ama el Golfo; porque en el refugio
del Golfo, las aguas del mar son más bellas,
se hacen más azules
y en cobrar se obstinan mayor transparencia.

Es en los rincones de las ensenadas
donde el mar se encierra
con afán de artífice
a cuajar sus perlas,
cual si fuese monje que a labrar custodias
se aislase en la dulce quietud de su celda...

XIII

En las ensenadas
recogen los ojos de este hombre la fresca
visión de un mar límpido,
en cuyos añiles la espuma blanquea
al redor de islotes, que son como grupos
de frutas servidas en amplias bandejas...

Dientes enfilados
de arrecifes bruscos, desgarran cual sierra
las olas; y sobre los cielos que fingen
pantalla de seda,
salpican su mancha
las sombras chinescas
de los alcatraces, que con largo pico
las aguas perforan y tijeretean
y que, al fin, clavados contra algún islote,
se ensimisman como figuras de cera...

En la superficie
del mar,—que esplinático al vaivén se entrega,—
peces voladores
rasgan como flechas
el aire y sacúdense
en lo alto y chispean...

Y entre los peñascos
de la playa, dejan
las resacas ostras y crustáceos cuyas
fastuosas corazas al Sol reverberan...

De pronto, vacío
resalta en la arena,
caracol enorme que sus oprimidas
curvas desespera
en un temblor como de afán imposible
o en un torbellino de estrofa dantesca:
no en vano en su boca,
que uno de los labios lascivo descuelga,
luego habrán de oirse los hondos rumores
de las olas que urden palabras secretas;
porque el retorcido
caracol pudiera
ser la cornucopia
que, en los siglos, vuelca
la emoción pagana con que, en voluptuosos
éxtasis, sonríen cielo, mar y tierra...

XIV

Fuera de la rada
que amplía sus formas de herradura, fuera
de esas aguas suavemente recogidas
en el hueco de una concha gigantesca,
su perfil arrastra por el horizonte
suntuoso navío que de su humareda
tras de sí dejando va jirones, como
quien entender se hace con palabras sueltas,...
o deslízase, otras
veces, orgulloso de sus lonas épicas,
bergantín fantástico,
en cuya silueta
parece que algo habla de piraterías,
de romanticismos y de cosas viejas...

XV

Las naves que cruzan por el horizonte,
en su marcha el fúnebre augurio proyectan
de las tempestades y de los naufragios
en las soledades azules y eternas...
Así este magnífico hombre de las playas
tropicales tiembla
cuando pasa un buque por las lejanías
con rumbo hacia donde quizás nunca llega...

El pavor que infunde lo desconocido
su espíritu inquieta;
y, al pensar en viajes trágicos por roncos
mares, a sus costas nativas se apega,
como el egoísta
molusco a la peña.

XVI

¡Las nativas costas!... En un mar tranquilo,
—que sus fatigadas ondas hamaquea,
bajo de un Sol cuya majestad difúndese
en una despótica y sensual pereza,—
crepitante lancha va porfiando sobre
las espumas crespas,
como viejo lobo
que pusiese en fuga rebaños de ovejas...

Es obsesionante
la impresión nerviosa de cuando revienta
el afrodisíaco hervor de las blancas
espumas al frote de la quilla trémula...

A veces, la lancha recoge en las ondas
red que, inflada, enseña,
por entre sus hilos, cien peces de plata
mintiendo un profuso temblor de monedas...
Otras veces, como
si movido fuera
por resorte oculto, desde el fondo brinca
de la lancha el hábil pescador de perlas.

XVII

Yérguese en la popa,
dominando entonces la anchura serena
del mar... Su estatuaria desnudez relumbra,
por el Sol lamida; y hay en la inocencia
de su gesto olímpico, un donaire augusto
y elegante como de confianza plena...

Buzo que no ciñe
goma impermeable ni máscara férrea,
en los apretados dientes luminoso
cuchillo sujeta,
con que el vientre enorme del monstruo marino
largamente rasga si se le atraviesa
y con que más tarde va abriendo las conchas
como amante hastiado de iniciar doncellas...

XVIII

Tal, con el cuchillo
dentro de los firmes dientes, se endereza:
juntas se diría
que en oración muda sus manos eleva;
y, un instante sólo,
su figura toda, plegándose, asienta
en los sacudidos talones, a cuyo
gimnástico golpe la lancha retiembla...
Y en un salto fíngese
el zigzag de un látigo o de una centella!

El buzo en los aires
dibuja una flecha,
que sobre sí misma
da, al fin, una vuelta;
y se mira cómo
logra él de cabeza
sumirse en las aguas, en las que, entre un brusco
círculo, hacia el fondo, rápido penetra...

XIX

A tal zabullida, las aguas profundas
sepáranse como cortinas espesas
y van desdoblando brillantes visiones,
en las que hay hervores de escamas frenéticas...
Urdese el capricho de un caleidoscopio,
donde exalta el iris la fuga violenta
de peces que corren
en un estallido de luces en fiesta...

Embriaguez de opio
parece que rompe con mano colérica
el escaparate de una joyería,
de cuyos estuches se escapan las piedras
preciosas, brincando cual si salpicaran
el delirio de una fiebre aladinesca...

XX

Peces de colores
sosláyanse apenas,
y una como fina raya de diamante
en el cristal puro de las aguas dejan...
Otros van girando,
como si la cola morderse quisieran,
con el voluptuoso placer con que él mismo
zodíaco oprime la celeste esfera...

Peces que, de súbito, en zigzag se cruzan
mienten estocadas que relampaguean...

Hay, a veces, loco
trajín de princesas
encantadas que huyen, tiempo ha, perseguidas
por machos bravíos, en cuyas aletas
escalofriantes
las caricias tiemblan...

Salta un pez y vibra como un latigazo,
bajo cuyo golpe las aguas revientan...
Otro, fulminante, que escapa, diríase
el haz luminoso con que las tinieblas
profundizar logra
súbita linterna...

Tal cual pez inmóvil,
hondamente piensa...
Tal cual se abandona
y arrastrar se deja
por las submarinas corrientes, a modo
de una hoja seca...
Y mil diminutos
peces cabrillean
en más de un confuso tropel, del que saltan
puñados de chispas y de lentejuelas...

Su cotillón bailan
mimosas parejas...

Su ajedrez los pulcros
hipocampos juegan...

Las medusas lucen sus desconcertantes
máscaras en una ficción de tragedias...

XXI

Y entre un laberinto
de algas se descuelga,
violando flotantes jardines, el buzo,
que alarga la diestra
segura a un peñasco
todo estremecido de fosforescencias;
substrae una concha; y, hacia lo alto, busca
salida, llevando las pupilas ciegas
por un golpe como
de explosión eléctrica...

XXII

Cuando surge el buzo,
jactancioso eleva
dentro del crispado
puño leve concha cuajada de perlas,
cual si se dignase la divina gracia
florecer en lo alto de la humana fuerza...

XXIII

Más tarde, al abrirse
la concha de nácar, mostrando una hilera
de dientes pulidos,
copiará en su estuche la boca risueña
de una virgen india
o una diosa griega.

Tal sonrisa es como la que hay en la boca
de Pandaia, cuando Vichnú en la leyenda
las perlas descubre... y el gentil regalo
le hace de una de ellas.
Tal sonrisa es como la que hay en la boca
de Afrodita, cuando, por la vez primera,
en el cristal limpio del mar reflejada
su fascinadora desnudez contempla...

XXIV

¡Oh las perlas blancas!...
Dientes tan pulidos como los de Eva,
cuando la sabrosa
manzana mordiera...
¡Oh las perlas blancas!
La blancura esconde quizá, en su pureza,
voluptuosidades en que las palomas
mienten en sus nidos senos de doncella...

XXV

Blancuras, blancuras,
blancuras eternas:
nieve en las alturas
y astro en las tinieblas...

¡Oh puras blancuras
de las inocencias:
ramo de azahares
y vellón de ovejas...

Místicas blancuras
de la Madre Iglesia:
altar revestido del mantel de encajes,
florecidos nardos y encendidas ceras...

Fúnebres blancuras
de inviernos cansados ya de primaveras:
mármoles que caen sobre los sepulcros
y canas que brotan sobre las cabezas...

Blancuras, blancuras,
blancuras serenas:
las espumas flotan sobre el oleaje
y sobre los odios las blancas banderas...

Todas las blancuras—radiantes, tranquilas,
castas, fervorosas, lúgubres o tiernas—
como que se extractan
y se reconcentran
y, por inquietantes alquimias pasando,
cuájanse en la gota láctea de una perla.

XXVI

Para Job es triste,
tanto como para Salomón es bella...

La halla el lamentable
varón de Idumea
digna de la copa de sus amarguras,
cual si sólo fuera
llanto de algún ángel o de alguna virgen
o de alguna estrella...

El muy voluptuoso
Rey, en sus rotundos Proverbios, ofrécela,
a modo de un lírico alarde, que luce,
por entre las pompas de brocado y seda
ya la más preciada de sus concubinas,
ya el florón más alto de su áurea diadema.

XXVII

Digna es de haber sido
regalo de César!

Lujo desdeñoso
de la vampiresca
Cleopatra, cuando
como distraída se arranca a una oreja
perla que en la copa de sus corrosivos
placeres, a sorbos, apura disuelta...

Con Salomé rige las solemnes danzas:
míranla los ojos de Juan, envolviéndola
en una amorosa y última caricia,
cuando el negro esclavo trae la cabeza
cercenada sobre
la ritual bandeja...

Los ojos tranquilos
de Jesús refléjanla,
al volcar el cofre de las vanidades
y cortesanías de la Magdalena...

Es suya la Roma
de la Decadencia:
Nerón la propaga,
Petronio la ostenta.

Usanla en las faustas Cortes Orientales
los Califas moros y los Shahs de Persia,
los coros volubles
de las bayaderas
y las sugestivas
hurís del Profeta...

¿No hay una en las joyas
con que se fletaran las tres carabelas?
¿No hay una entre el grupo
de preciosas piedras
que dejó en las manos de genial mendigo
caer de las suyas Católica Reina?

Sobre el tenebroso luto de Felipe
Segundo, más tarde, resalta la perla
que es—como un intacto huevo de paloma—
virginal y digno regalo de América.

XXVIII

No, por eso, en vano los ojos del buzo
ríen... hablan... sueñan...

Y la leve concha
que él con una mano de avaricia aprieta,
de súbito, antójasele
arca toda llena
de adornos suntuarios
y alhajas egregias...

Destápase el arca;
y hay un rebosante bullicio de perlas...

XXIX

Collares copiosos
desgránanse y ponen a rodar sus cuentas...
Giran cien anillos;
danzan cien pulseras;
y cien espirales encolerizadas
rompen a dar vueltas y vueltas y vueltas...

Arracadas lloran;
sonríen diademas;
ricos broches saltan;
finas piochas tiemblan...

Tal cual enroscado
cinturón anhela
ceñir breve talle
sobre amplias caderas...

Velo aljofarado
rásgase y protesta,
cual si reclamara bajo de su adorno
tentadoras carnes de oriental princesa...

Babuchas—bordadas
de aljófar—bostezan,
como si añorasen
harenes y siestas...

Los ojos del buzo
ríen... hablan... sueñan,...
como poseídos por el fuego fatuo
del lujo, en la crisis de una borrachera.

XXX

Sólo ya en la tarde,
con el alma henchida de gracia serena,
como si tornara de un viaje fantástico,
el buzo despierta...

Sentado en la orilla
del mar, él contempla,
domina y absorbe,
refunde y concentra
toda la agonía del Sol en las aguas;
y en el panteísmo con que las tinieblas
un blando y piadoso
reposo le prestan,
al ver en lo obscuro
brincar las estrellas,
imagínase una mano misteriosa,
que, en mitad del Golfo, las aguas penetra
y arroja a las nubes
puñados de perlas.....

San José de Costa Rica, 7 de noviembre de 1921.

José Santos Chocano

(Envío del Autor para el REPERTORIO AMERICANO).



Nuestras ediciones en el exterior

A CHILEAN POET

A COLLECTION OF THE WORK OF MAGALLANES MOURE

[En el *Boston Evening Transcript* del 17 de agosto de 1921, nos hallamos con este interesante juicio. Lo suscribe **I. G.**, a lo que parece, iniciales de Isaac Goldberg, un gran conocedor estadoudinense de las letras hispano-americanas].

Florilegio.—M. Magallanes Moure. Prólogo de Pedro Prado. Publicado por J. García Monge. San José. Costa Rica.

As a member of the well-known "Convivio" series, inclussion in which is held to be a literary honor by Spanish-Americans, there comes from Costa Rica a selection of poems made by one of Chile's leading writers from his own works. The publisher, García Monge, has served his nation in this country, has figured at the head of its educational and literary advancement, edits the magazine "Repertorio Americano" and conducts a series of editions that have made him known wherever Spanish is spoken and read. He is himself an author of established reputation, too modest, gifted with a sure taste that selects and presents the work of others with as much interest as if it were the product of his own pen. In bringing out Magallanes Moure's poems he makes access somewhat easier to the labors of an aloof spirit whose name is better known outside of Chile than his actual work. Indeed, the Chilean was fortunate in his very first book, "Matices," which atracted, the favorable attention of Mistral, who had not yet come into prominence through the award of the Nobel prize for literature in partnership with the Spanish dramatist Echegaray. Already in these youthful lines there was suggested the poet's communion with field and water, his employment of these scenes in the evocation of a human simile, his wrapping of life in a veil of tender melancholy.

Prado's foreword reveals Magallanes Moure as a quiet leader of his nation's poets, and as one of the country's foremost painters as well. It is natural, then, that in the lines of the Chilean favorite readers should seek for suggestions of the artist who won a Government award in the salon of 1919; they do not seek in vain, for, although the quest easily leads to illusory findings, there is more than one of his sonnets that needs but a frame to make it a picture. If the poet's canvases are anything like his poems, they must be moody, crepuscular, suggestive of solitary souls. This man is a brooder over persons and things. Yet there is not too much of the static canvas in his lines; he is extremeley sensitive to sounds, especially when they may be made to convey a gloomy connotation. In his better work he shows a fine sense of form and achieves that subtle effect which may be called a rhythm of thought. (Read "La Jornada," for example, in which is treated the burgeoning of love, or the sonnet-series "Himno al Amor," in which is employed a rare form of an opening tercet, followed by two quatrains and closed by another tercet).

The is no sensualism in Magallanes Moure's treatment of love, says Pedro Prado. Certainly there is no wild proclamation of the senses; in this poet love appears as symbol and simile. The sensualism is refined, becoming a soft voluptuousness rather than a noisy, Dionysiac abandon. When it is not voluptuous in this sense, it becomes a sort of cult in which eroticism has dissolved into worship. His love is as much thought as feeling — as much retrospection as participation. In "Sentirse fuerte" he seems to invoke the ideal of strength and impassivity, and one feels that he has often achieved his aim in the peculiarly repressed poems of love.

That he is capable of occasional commonplace may be read in the "Final de Otoño", an undistinguished treatment of a trite theme, in which occurs a reminiscence of Shakspeare's "undiscovered bourn". If Magallanes Moure is really his nation's favoritie, his contrymen (despite recent protests against such a view) favor the contemplative and the intellectual in poetry rather than the less constrained worship of the muse. He lacks the intensity of his remarkable countrywoman who writes under the pseudonym of Gabriela Mistral; he lacks the depth of the countryman who contributes the generous introduction to his selection. In the opinion of the present reviewer, Prado is not only a great poet of Chile but will in time be regonized as one of his continent's foremot intellects. Magallanes Moure is not Chilean in the sense that P. Antonio González or C. Pézoa Veliz were; he is not a "national" poet. He is a writer chiefly of twilight moods and in minor keys. His hues may be varied, but they are beheld in the gathering dusk, just as his melodies, tongh numerous, are heard as if muffled by the mute. He is not, as one might be led to expect, Chile's greatest contemporary poet, but he has been, as he is, a good influence and stands well up in the national roster.

I. G.

Del Folk-lore Costarricense

Lista de colaboradores en el "Cancionero Nacional de Cuna"

SUGESTIONES

[Véanse los Nos. 14, 21 y 22 del Vol. II de REPERTORIO AMERICANO]

SR. DON J. GARCÍA MONGE

San José.

Mi distinguido amigo:

DESDE hace varios días me tengo hecha la promesa de cumplir con una doble deuda que llevo sobre mí, deuda que no había satisfecho antes por la falta completa de tiempo en que vivo. Una parte de ella se refiere a Ud., que tan generosamente me ha ofrecido las columnas de su selecto REPERTORIO, con lo que logro que mi voz se ennoblezca al dejarse oir bajo su amparo, y la otra lo es con mis amigos que tanto me han ayudado en las recopilaciones folklóricas que estoy emprendiendo. ¿Me permitirá su benevolencia hacer estos dos mandados de una vez, para descargo de mi preocupación?

Sí permitirá, porque a más de lo personal mío, hay en lo que intento mucho sembrado por Ud. por medio de sus ediciones y de sus consejos de Profesor, y porque estos estudios quieren tener blasón de nacionales. Sin lo que Ud. ha predicado sobre literatura popular no podríamos ni haber iniciado lo poco que es posible hacer en Costa Rica, y sin el deseo de que eso sea, aunque remotamente, un homenaje al pueblo que habita nuestro territorio, el estudio carece de razón de ser.

Claro que para darle el carácter de nacional que soñamos, falta mucho a nuestras fuerzas y al país; pero algún día será posible que arraigue una preocupación de esta índole. Hablo de que al país le faltan elementos para la empresa, porque en el ambiente falta apoyo, tolerancia, dinero, todo lo cual viene a ser al fin de cuentas, pobreza de preocupación por estudiarse.

Por eso mi gratitud se aumenta hacia las personas que han querido oir las repetidas insinuaciones que he hecho para que me ayuden, y así, han colaborado, venciendo esta apatía que es nuestro sello típico. Entre los nombres que luego citaré — aunque me causan horror los resentimientos por omisiones, tan fáciles de cometer involuntariamente— los hay de estudiantes, maestros y amigos personales; son muchas y muy selectas las personas que me han ayudado, algunas con una eficacia que nunca agradeceré bastante, Y mi intención al declarar públicamente que es de ellos lo mejor de lo que al respecto poseo, es decir públicamente que estoy comprometido hacia ellos y, por otra parte, procurar que el buen ejemplo sea seguido por mil personas más. En estos últimos tiempos me he podido dar cuenta de muchos esfuerzos modestos, pero apreciables, que se ahogan en el silencio aplastante de nuestro medio poco propicio.

Las siguientes personas, por ejemplo, han sido generosas para dejarme aprovechar sus magníficos *Cancioneros* —hasta ahora inéditos — hechos con nadie sabe cuántos penosos trabajos: señorita Evangelina Solís, Directora de la Escuela «Nicolás Ulloa», Heredia; doña María de Hernández, maestra en Los Angeles de San Rafael, Heredia; las señoritas María del Rosario Quesada, Anita Cruz, Luisa Calderón y Lilia Ulloa, maestras en la ciudad de San José; la señorita Nelly Martínez, maestra en Alajuela, y la señorita Corina Rodríguez de San Ramón, quien actualmente reside en los Estados Unidos, y de quien hemos consultado la valiosa colección que guardaba don Omar Dengo. Además, tenemos a la vista los pliegos que hace algunos años entregó a Ud. el señor José Daniel Flores, Director de la escuela de Santa María de Dota, pliegos que Ud. ha tenido la amabilidad de dejarnos consultar.

Algunos de estos *Cancioneros* se formaron en la Escuela Normal, en el tiempo en que Ud. dió las lecciones de Literatura Infantil, y son un bello fruto de ellas. También mi primera gratitud es para el I Año de 1920, Sección Preparatoria, con el apoyo del cual y de otros Años de la Escuela, formé las primeras centenas de mi recopilación.

Desgraciadamente, de los primeros colaboradores no conservo el nombre, ya que en ese entonces ni sospechaba la amplitud que podría llegar a tener mi *Cancionero;* solamente recogí anotación de las personas que sobresalían por la cantidad y belleza de los trozos que me daban. Entre esas personas están: las señoritas Julia Salazar, Salvadora Vargas Coto, Adilia Lobo, Rita González, Abigail Carmona, María Isabel Bonilla, María C. Quesada, Lía López, Beatriz Moiso, María C. Beer, Elida Naranjo, Obdulia Zamora, Hilda Bolaños, Deifilia Arguedas y los jóvenes Juan B. Bolaños, Manuel Antonio Ramírez, Ramón A. Murillo, Miguel Vidaurre, Juan Manuel Madriz, Miguel A. Zumbado, Belisario Sáenz, Amado Arias, Gonzalo Calderón y otros más, alumnos de la Escuela Normal que han prestado valiosa ayuda en la labor, porque a su buena voluntad han unido su calidad de jóvenes, lo que les permite recordar mejor los cantos con que los arrullaron, y el ser de muy diversas localidades del país.

Pero, como le he dicho, no sólo los estudiantes han colaborado, sino muchos maestros y hasta personas ajenas a las cuestiones docentes, como la estimable señora doña Rosita Sánchez viuda de Ruiz, quien me recogió algunos trozos curiosos de la región de San Mateo, y la señorita Carmen Jiménez R., de Guadalupe.

Los maestros de escuela primaria

que han respondido gentilmente a mi invitación, a más de los arriba mencionados, son: señorita Emilia Saborío, Alajuela; señorita Ninfa Cambronero, San Ramón; señorita Ernestina Araya, Guadulupe; señorita Anita Castillo, San Pablo de Heredia; señor Víctor Cordero y sus discípulos, de San Joaquín de Flores; señor Carlos Pérez Treasy, Puntarenas; señor Salvador Vargas Jiménez. Escasú; señor Marco Tulio Sáenz, Heredia: señor Ricardo Alvarez G., Santiago de Puriscal y el señor Otoniel Vega, Director de la escuela de la Cruz, Guanacaste.

¿No cree Ud., don Joaquín, que este resultado es una bella demostración de la vitalidad escolar del país, manifestada con un motivo tan dulce como la canción maternal? Resultado que se ha obtenido en gran parte gracias a sus enseñanzas de siempre y a su REPERTORIO de ahora. Quede, pues, para la historia literaria de Costa Rica esta manifestación que es de justicia.

No quiero dejar pasar la ocasión sin rogar de nuevo a todos los amigos de los niños que nos manden lo que oigan, lo único que les pedimos es que sean fieles y nos copien lo estrictamente popular, explicando los pasajes que por ser regionales puedan no comprenderse (giros de lenguaje, palabras, sitios, personas). Como después del *Cancionero de Cuna* habría que seguir con otros aspectos del Folklore costarriqueño, también agradeceremos trozos populares de adultos, adivinanzas, cuentos, supersticiones, leyendas, etc., material del que ya poseemos algo. De veras instamos a que nos ayuden, porque así lo pide esta clase de investigaciones que creemos importantísimas y hasta de utilidad práctica: desde esta tribuna del REPERTORIO podemos hablar para organizarnos y llegar a constituir la *Sociedad Folklórica de Costa Rica*, cuando el país tenga los elementos suficientes, *Sociedad* por la cual ya preguntan en el extranjero, lo que prueba la importancia internacional que llegaría a tener. Ante las miradas de los que quieren dedicarse a estos estudios se abren perspectivas ilimitadas, a pesar de que nuestro país carece de grandes hechos históricos—por lo menos conocidos—de esos que cambian la orientación del progreso; como pueblo que tiene una razón de ser en el pasado, con un presente angustioso en unos aspectos y brillante en otros, y con un porvenir que se quiere forjar esplendoroso, el pueblo costarricense tiene mucho que aprender de sí mismo, y para eso tiene que estudiarse, desde en la Ley Presupuesto hasta en la clase de imágenes que usa el niño que canta *cosas sacadas de la cabeza:* son trivialidades, muchas veces, las que impulsan los grandes acontecimientos sociales. Lo que tienen estos estudios es que carecen de presente: escrutan el pasado para conocer íntimamente el alma nacional que ha de actuar en el futuro. Por eso tenemos fe en que en algún futuro en Costa Rica se piense como debe ser, y haya muchas personas que sustituyan la insuficiencia de nuestra labor de hoy, sin dejar de ver por eso que nos ha movido un buen deseo estético y social, que es lo que ponemos por ahora a disposición del país, mientras los años y el estudio y la acumulación del material crean lo demás. Oigan nuestra voz los maestros especialmente, los padres de familia, los hermanos, los mismos niños; ante ellos, este recuento de colaboraciones, y esta invitación cordial. Y al señor García Monge y a su REPERTORIO, de nuevo la gratitud de

SALVADOR UMAÑA

Escuela Normal de Costa Rica, Heredia. Octubre 30 de 1921.

La Colonia Norteamericana al Niño Mexicano

La colonia norteamericana de México, que es, sin duda, una de las más prósperas, hizo a la ciudad un espléndido donativo en ocasión de las fiestas centenarias, y su obsequio dice, con suma elocuencia, cuál es la base del engrandecimiento maravilloso de los Estados Unidos.

No es el presente que hacen a la ciudad, un monumento deslumbrador en que extasíen sus ojos los conocedores. No es tampoco un símbolo del afecto platónico que pueda inspirarles el pueblo en cuyo seno laboran. Prácticos y a la vez altamente comprensivos de las realidades humanas, aportan siempre, por donde van, muchos elementos civilizadores. Esta vez, nos dan un jardín para niños, al estilo de los primorosos parques que abundan en la gran República vecina.

La ciudad acepta el obsequio, altamente complacida, y no desaprovechará ciertamente las enseñanzas que encierra tan oportuno donativo.

En lo que se refiere al cultivo de la infancia, tiene que ser muy saludable para nosotros la influencia estadounidense, porque no cabe duda que en Norteamérica, el Estado y el pueblo tienen instituciones maravillosas dedicadas a preparar el mejoramiento de la raza, por medio de atenciones científicas que se prodigan a las generaciones nacientes.

La higienización de la vida infantil, requería en México lugares adecuados para el recreo de los niños, adonde no lleguen el ejemplo nocivo, el riesgo de accidentes, la amenaza de los morbos que abundan en los puntos de reunión de las personas mayores. Establecer hospitales para pequeños, les es muy útil indudablemente; pero precaverlos de adquirir enfermedades, facilitándoles horas placenteras al aire libre, es ahorrarles el martirio de las enfermedades.

La infancia es en los países cultos, una edad de recreo incesante, y es un deber de la sociedad contribuir a que el niño juegue mucho, a toda hora, que cada lágrima que se le ahorre, aumentará su dosis de vigor y de entereza y de aptitud en el resto de la vida.

Es admirable ver, aún en diminutos poblados del Oeste de Norteamérica, parques perfectamente acondicionados para la chiquillería de la comunidad. Donativos de filántropos o creación de los Municipios, esos jardines prestan servicios notables, como que a menudo están dotados hasta de un pabellón de enfermería bien atendido, para el caso de que algún niño enferme de súbito y puedan proporcionársele auxilios médicos inmediatos.

La sociedad en aquel país cuida del niño, como si fuese verdaderamente propiedad común. Ni el peor criminal (salvo excepciones que confirman la regla), deja de sentir por el chicuelo, pobre o rico, un respeto rayano en veneración fetichista.

¡Cuántas veces hemos visto suspen-

derse el tráfico algunos instantes en muy transitadas arterias de las grandes urbes norteamericanas, para que pase sin peligro un niño, ¡su majestad el niño!

La fe absoluta que el chiquillo estadounidense tiene en todos los seres que le rodean, aún aquellos ajenos a su familia, forma en él actitudes de espíritu que le son habituales el resto de su vida y a menudo lo llevan al triunfo. No ha tenido que temer el rigor de sus padres, la indiferencia casi hostil de los extraños, la palmeta del maestro, las amenazas pavorosas de las pilmamas, el maltrato de las «personas serias», etc.

Aun las insignificantes transgresiones de los chiquillos a los reglamentos de policía, son vistos allá con una lenidad que no se opone a la tarea cívica de inculcarles desde la infancia, el debido respeto a las leyes y a los deberes ciudadanos. Por ejemplo, suele suceder que los niños pobres se asomen por las rendijas de las vallas que limitan los campos de juego de pelota, para presenciar los partidos sin pagar su ingreso a las tribunas; y aunque los policías vigilan el local para impedir que goce del espectáculo quien no pague su boleto, al ver a un niño que ansiosamente espía el juego, hasta olvidarse de que el guardián podrá castigarlo, es frecuente que o le proporcionen dinero para su entrada, o simulen no advertir la falta del chiquillo.

Los jardines de niños son la mejor escuela que puede ofrecérseles. En ellos aprenden las leyes elementales de todas las ciencias. Como la naturaleza ha previsto que en los primeros años de su existencia el ser humano deba caer, al andar y al correr, al hombre le toca procurar a la infancia para sus juegos un lugar en que el piso sea clementemente blando, de arena suave y floja que no lastime el débil cuerpecito. Y puesto que de cada hecho que el infante observa, aún el más nimio, deduce una ley, en los parques adecuados se les proporciona ocasión de advertir cuanto se enseña a su imaginación absorta principios elementales: el movimiento, la variedad del color, la frecuencia de un mismo acto, la diversidad y la unidad en las flores, los árboles y las mariposas.

La galantería de la colonia norteamericana, es una colaboración muy estimable y plausible en la obra que hoy tratamos de realizar en favor de la raza. Por ella, cuya representación más genuina es el niño mexicano, quedamos muy reconocidos a tan nobles amigos.

(Excelsior. México. D. F.)



El granero del grajo azul

Por MARK TWAIN

Cuando comenzaba a entender correctamente el lenguaje de los grajos, me sucedió un pequeño incidente. Hace siete años el último habitante de esta región, salvo mi persona, la abandonó. Allí está su casa, vacía desde entonces; una casa de troncos con un techo de tablas; una gran estancia, y nada más; sin cielo raso; nada entre las vigas y el piso.

Bien; un domingo en la mañana estaba yo sentado aquí enfrente de mi cabaña, tomando el sol con mi gato, mirando las colinas azules, escuchando el murmullo solitario de las hojas en los árboles y pensando en mi casa, allá en los lejanos estados, de la cual no había tenido noticias en los últimos trece años, cuando un grajo azul se posó sobre la casa con una bellota en el pico y dijo: ¡Hola, me parece que me he encontrado algo!

Al hablar, la bellota se le cayó del pico y rodó techo abajo, por supuesto, pero sin que le importara nada. Toda su atención estaba en la casa que se había encontrado. Era el agujero de un nudo de la madera, en el techo.

El grajo movió su cabeza hacia un lado, cerró un ojo y colocó el otro en el agujero, como una zorra mirando en un botijo; después miró hacia arriba con los ojos brillantes, alzó dos o tres veces las alas—lo cual significa alegría —y dijo: «Parece un agujero; su colocación indica que es un agujero... ¡malhaya si no creo que es un agujero!»

Después ladeó nuevamente la cabeza y echó otra mirada. Esta vez se mostró perfectamente gozoso, movió de la misma manera alas y cola, y dijo: ¡Oh, no, no es muy grande, estoy seguro! Así, pues, voló hacia abajo, cogió la bellota, la llevó arriba y la dejó caer en el agujero, y estaba precisamente echando su cabeza hacia atrás con la más celestial sonrisa en la cara, cuando, de repente, quedó paralizado en la actitud de quien escucha, desvaneciéndose gradualmente la sonrisa de su rostro como el aliento sobre la pulida hoja de una navaja, y sucediéndole la más rara actitud de sorpresa. Después dijo: ¡Cómo! ¡no la oí caer! Aplicó su ojo en el agujero, nuevamente, y echó una larga mirada; alzó la cabeza y la movió; pasó al otro lado del agujero y echó otra mirada desde ese sitio; volvió a balancear la cabeza.

Consideró la cosa un momento y hasta después se puso a observar los detalles; caminó varias veces en redor del agujero, espiándolo desde todos los puntos cardinales. De nada le sirvió. Tomó ahora una actitud pensativa, en la cresta del techo, y se rascó la parte de atrás de la cabeza durante un minuto con su pata izquierda; finalmente dijo: Bien; esto es demasiado para mí; eso es lo cierto; seguramente que es un enorme agujero; sin embargo, no tengo tiempo de andar como un loco en derredor de él y debo ir rectamente al negocio; me parece que eso es lo debido, suceda lo que suceda.

Así, pues, voló y trajo otra bellota dejándola caer en el agujero y trató de poner su ojo en él suficientemente aprisa, para ver lo que sucedía con la bellota; pero por más que hizo no fué suficientemente aprisa. Mantuvo su ojo pegado al agujero por un minuto; después se levantó, suspiró, y dijo: ¡Maldita sea! no entiendo lo que sucede; sin embargo, no he de ceder.

Trajo otra bellota y se colocó de la mejor manera para ver lo que sucedía con ella, sin lograrlo. Entonces dijo: ¡Diablo! nunca había topado con un agujero como éste; mi opinión es que se trata absolutamente de una nueva especie de agujero.

Después empezó a enloquecer. Se le figuraba que era cosa de hechicería y caminaba de arriba abajo de la arista del techo meneando la cabeza y murmurando no sé qué cosas; pero, por fin, sus sentimientos ganaron la partida y se soltó echando ternos y maldiciéndose en su propia cara. Jamás había visto a un pájaro tomar a pechos una cosa tan pequeña. Cuando se dominó un poco, caminó hacia el agujero y volvió a espiar por medio minuto; entonces exclamó: ¡Bien, eres un gran agujero y un agujero profundo, y, de cualquier manera, un agujero verdaderamente singular; pero se me ha puesto en la cabeza llenarte, y ¡que me cuelguen si no te lleno, así me lleve cien años la tarea!

Y con esto se largó. Jamás habréis visto trabajar tanto como a éste, a un pájaro, en toda vuestra vida. Se pegó al trabajo como un negro, y la maner a

con que almacenó bellotas en el agujero por espacio de dos horas y media, fué uno de los espectáculos más notables y maravillosos que he presenciado. Ya no volvió a detenerse para atisbar; únicamente las echaba e iba por más.

Pues bien, finalmente apenas podía mover las alas; tan cansado estaba. Volvió nuevamente, para echar una, sudando como un cántaro, y al dejarla caer dijo: ¡Lo que es ahora se me figura que te he llenado! y se inclinó para echar un vistazo. No me lo creais; pero cuando levantó la cabeza, estaba pálido de rabia. Dijo: He amontonado aquí bellotas suficientes para mantener a una familia treinta años, y si puedo ver siquiera un signo de ellas, quiero que antes de dos minutos me coloquen en un museo con la barriga llena de serrín.

Apenas tuvo fuerzas para trepar hacia la cima del techo y recargarse contra la chimenea, y entonces empezó a coordinar sus impresiones y a refrescarse del caletre. En un segundo comprendí que lo que yo había creído lenguaje fuerte en las minas, era solamente rudimento de él, por decirlo así.

Otro grajo pasaba, y oyendo a éste decir sus oraciones, se detuvo para preguntarle qué le sucedía. El paciente le contó toda la historia, y añadió: Ahora bien, allí está el agujero; si no me cree vaya y vea usted mismo. Entonces el amigo fué y vió, y volviendo le preguntó: ¿Cuántas dice usted que metió allí? No menos de dos toneladas, dijo el paciente. El otro grajo volvió a inspeccionar. Daba muestras de no poder entenderlo, y con un grito llamó a otros tres grajos. Juntos examinaron el agujero; hicieron que el paciente les relatara todo nuevamente; después discutieron la cosa y expresaron tantas opiniones descabelladas cuantas podría haber expresado una reunión corriente de seres humanos.

Llamaron más grajos; después, más y más, hasta que muy pronto toda la región parecía tener un tinte azul extendido sobre ella. Seguramente había más de cinco mil; y nunca habréis oído semejantes vociferaciones, disputas, chanzas y juramentos. Cada grajo de aquel ejército fué a meter el ojo al agujero, dando sobre el misterio una opinión más estúpida que la del grajo que lo había precedido. Examinaron la casa por encima y por todos lados. La puerta estaba entreabierta, y al fin un grajo viejo, por casualidad, se posó sobre ella y miró hacia dentro. Esto disipó, por supuesto, el misterio, en un segundo. Allí estaban las bellotas esparcidas sobre el piso. Movió las alas y lanzó un grito: ¡Venid, venid aquí todos! ¡que me cuelguen si este estúpido no ha intentado llenar una casa con bellotas!

Todos vinieron en masa como una nube azul, y a medida que cada grajo se posaba en la puerta y echaba una ojeada, todo lo absurdo de la empresa que el primer grajo había emprendido le aparecía patente y caía patas arriba, ahogándose de risa. Después, otro grajo tomaba su lugar y sucedía lo mismo.

Pues bien, señor, se pasearon por toda la casa y por los árboles circundantes por más de una hora, y se chancearon de aquel suceso como lo hubieran hecho seres humanos. Que no me digan a mí que un grajo azul no tiene sentimiento del «humour», porque sé muy bien que lo tiene. Y memoria también. Trajeron aquí grajos de todos los Estados Unidos a mirar este agujero, cada estío, por espacio de tres años. También trajeron otros pájaros. Y todos pudieron encontrarle gracia a la cosa excepto un buho que venía de Nueva Escocia a visitar el Valle de Yose Mite, y que vió estos lugares de pasada. Dijo que no encontraba dónde estaba el chiste de todo aquello. Pero la verdad es que también había quedado desencantado de Yose Mite.

(*Cultura*. México, D. F., Trad. de G. Fernández Mac-Grigor).

LABOR PACIFICADORA

Panamá, 10 de Setiembre de 1921.

Al Presidente de la Federación
de Estudiantes de Chile
Santiago.

ESTIMADO compañero: El *Grupo Comunista* de Panamá, compuesto por obreros de todos los países y razas y en su mayor parte por obreros y estudiantes panameños, ha leído con placer el Mensaje dirigido por esa Federación al Centro Universitario del Perú, por ser dicho Mensaje la demostración elocuente de un alto y amplio espíritu de concordancia internacional.[1]

Mucho nos satisface ver que sabéis valorar los conceptos y las cosas en su cabal importancia y medida, poniendo las ideas de humanidad y de justicia por encima de las nociones anticuadas de patria y de tradición.

Donde los gobiernos y demás elementos dominadores se obstinan en poner hostilidad, atizando los furores militaristas a través de un rencoroso y menguado sentimentalismo nacional, vosotros queréis sembrar la paz y cultivar la fraternidad. Hacéis muy bien. Vuestro proceder es sin duda más loable, por ser más libertador y más conciliatriz y más bello. Por esa ruta luminosa es por donde podrá llegarse a la perfecta inteligencia entre los pueblos y entre los continentes, para culminar en la suprema y sublime Armonía Universal. Nosotros no podemos por menos de felicitaros y de alentaros. No cejéis en vuestra labor. Contad siempre con nosotros para toda campaña de similar tendencia.

Y ojalá que las juventudes estudiantiles y obreras de la América sepan y quieran orientarse en igual sentido. Entonces sí que serían imposibles las guerras entre países hermanos, destinados como pocos, por diversas y potentes razones unificadoras, al amor y apoyo mutuo. Y con ello daríamos una hermosa y ejemplarísima lección al Mundo todo, y con especialidad, a la vieja Europa, todavía depauperarada y carcomida por los despilfarros guerreros y por las fiebres conquistadoras.

Para dár forma y eficaz dinamismo a estos nobilísimos deseos, os proponemos la celebración de un Congreso de todas las sociedades de obreros y estudiantes de América y de España, en el lugar y fecha que sean señalados por común acuerdo. Seguros de que aceptaréis la iniciativa, esperamos

[1] Véase tal mensaje en el Nº 5 del Tomo III del REPERTORIO.

vuestra pronta contestación, a fin de acometer enseguida y a la par de vosotros la debida propaganda.

Aprovechando también la ocasión, os enviamos adjunta una copia de los cinco principios que son la esencia de nuestras ideas, para que conozcáis de lleno nuestra orientación, y por si pudieran serviros en algo.

Queremos anticiparos que en nosotros hallaréis siempre claridad, sinceridad, entusiasmo y perseverancia. Estamos convencidos de que la Vida sin ideales sería un páramo tristísimo. Por eso nosotros colocamos las ideas al lado del Amor y bastante más arriba que todo lo demás de la humana existencia.

A pesar y muy por encima de las fronteras artificiales, os abraza cordialmente,

Por el GRUPO COMUNISTA.
el Secretario del Exterior.

J. M. BLÁZQUEZ DE PEDRO.

La tempestad habla

POR ROMULO TOVAR

Yo me dejaba enloquecer por mi propio furor...

Así comienza a decir la tempestad y luego continúa: Sobre los bellos hombros de la tempestad, cae un manto suelto de un gracioso tinte azul y suave como una onda de mar desfallecida. Sus ojos miran dulces y penetrantes, sus palabras vuelan siguiendo una extraña cadencia- embriagadora.

Habla la tempestad con las grandes cosas; son sus interlocutores el monte y el mar, los astros y el río. Y entre ellos también está el pensativo desierto, y la noche y el hombre. Y todos oyen atentos... Ella contó hazañas que no hay en ningún humano libro escritas y lo hizo en palabras llenas de terrible misterio. Las solas palabras elegidas para decir aquello producían un sagrado terror en las grandes cosas del mundo. Sugestionadas por su relato, las cosas parecían seguir a la tempestad en su desenfrenada locura. Se dijera a Orestes contando su tragedia entre un grupo de graciosos niños helénicos.

La Tempestad: Pero cuando llegué allí, todo mi furor se disolvió como una esencia en las aguas limpias de un aire de jardín.

Aquello era un campo de amapolas, tan temblantes y tan finas como las medrosas palabras de una niña tímida.

En el dolor negro de la noche, como mil copas de nieve brillaban en el vasto campo, las tímidas amapolas.

Un solo gesto mío habría bastado para quebrar aquel raro festín nocturno. Las amapolas me vieron venir; oyeron el aletear de mis fuertes alas, sorprendieron el incendio de mis iracundas pupilas, y las flores delicadas se dijera que se irguieron sobre la punta de sus pies menudos y temblantes, frágiles y curiosas de mi demencia. Yo tronaba desde lejos; yo ponía el espanto en el corazón de la montaña, y el mar se erizaba gloriosamente y las estrellas huían y el hombre se hacía pequeño y vil.

Mas, las amapolas, así que me conocieron, sin inquietud, sin temor, sin humillación, me sonrieron en la seda de sus corolas.

Y yo me sentí vencida. El resto de la noche lo pasé sentada entre ellas, embriagándome en su palpitante silencio, soñadora bajo el claror lila del cielo.

La tempestad hablaba con las grandes cosas del mundo, entre las cuales está el alma del hombre.

REPERTORIO AMERICANO

Revista de prensa castellana y extranjera.
De Filosofía y Letras, Artes, Ciencias y Educación, Misceláneas y Documentos.

Publicada semanalmente por

J. GARCIA-MONGE

Apartado 533

SAN JOSÉ, COSTA RICA, C. A.

ECONOMIA DE LA REVISTA

El número suelto..................	¢	0-50
La serie de 5 números, pagada por anticipado y solicitada a la Administración..........		2-00
Para el extranjero, el número suelto........................	$	0-15 oro am.
El tomo (30 entregas)............		4-00 » »
La página de avisos, por inserción..........................		20-00 » »

En el contrato semestral de avisos se da un 5% de descuento. En el anual, un 10%.

Imprenta y Librería Alsina.—San José, Costa Rica.